

EL QUE ARREBATÓ LA BANDERA

I

El general Belgrano, político más hábil que militar, tuvo el don de atraer mayores simpatías á la causa de la Independencia con su palabra y su ejemplo que con su espada.

Ya al regreso del Paraguay venía derramando buena semilla á lo largo del camino, si bien caídas en terreno poco propicio para la libertad, que más lozanos retoñaron allí, posteriormente, los arbustos de Francia, López y el último tirano. Su propaganda, resultado semejante dió al de las invasiones inglesas; que, si rechazaron la conquista los hijos de la tierra, no hicieron oídos de mercader á sus advertencias:

—Ya ustedes son grandecitos, y á los trescientos años no deben estar esperando les llegue desde dos mil leguas distante el último alcalde. En todo caso, entre seguir siendo colonos de la última nación ó de la primera del mundo, prefieran coleccionar libras inglesas.

Todavía hay quien piensa que hicieron mal en no aceptar consejos tales; pero nuestros buenos padres, siguiendo sus nobles aspiraciones, presintieron algo mejor y se hicieron independientes. Desde que salió Belgrano de Buenos Aires, prolijo agricultor, continuó la sementera. En el Rosario inauguraba la bandera nacional, distinguiendo en esa solemnidad al santafecino Maciel, que izó la primera bandera. En Córdoba predicó la Revolución, atrayéndose la juventud más entusiasta, y militares, sacerdotes,

doctores y hacendados coadyuvaron con gusto, siguiéndole entre otros vecinos el Sr. D. Mariano Benítez, acaudalado comerciante de aquella plaza. En Santiago, como en Salta, sedujo con sus caudillos locales todo el gauchaje, como en Tucumán no fué Helguera, su ayudante predilecto, el único de la dorada juventud que le acompañó hasta lo último.

De Benítez, ejemplo digno de recuerdo, recibió en Córdoba trescientas onzas; en Santiago, numerosa mulada; en Tucumán, dentro de ordinario pañuelo de hierbas (no quedaba otro), atadito que vale lo que pesa, no sólo por contener todas las alhajas de su mujer, sino por la abnegación con que arrancaba ella las últimas *arancadas* de sus orejas, predestinadas á oír luego tantas cosas malas, celos, envidias, despecho, emulaciones y calumnias, y hasta chismes de viejas vecinas, en que tan entusiasta patriota tildado fué de felón.

Pero ¡cómo ha de ser! Tal es el pago de la ingrata humanidad. Hacer bien para sólo recoger ingratitudes. ¡Cuán cierto que todo el que se mete á redentor sale crucificado! ¡Qué extraño que aconteciera igual al ayudante, si su mismo general Belgrano murió por la ingratitud de sus conciudadanos! Cuando llegó á Salta, habiendo Benítez ofrecido á la patria su dinero, haciendas y alhajas, no teniendo más que dar, se dió á sí mismo, con un esclavo y su persona para todo servicio. A ese negro Perico, su último siervo, la casualidad le convirtió en su salvador.

Conociendo como pocos todas las entradas y salidas, cuestas y serranías, caminito al Alto Perú, por sendas desconocidas guió al ejército de Belgrano entre desfiladeros tan inaccesibles, que cuando Tristán vió descolgándose las tropas argentinas á su retaguardia, exclamó admirado:

—Preciso es que sean águilas para desfilas por tales cerros.

Y águilas había en el ejército de los patriotas, por la majestad de su vuelo y lo escudriñador de su mirada, como probó ser ese mismo señor Benítez.

II

A eso de las dos de la tarde, el 20 de febrero de 1813, Benítez, que hacía veces de ayudante del cuartel general, en el crítico momento de la batalla indecisa, se aproximó á Belgrano, advirtiéndole en voz baja que parecía flaquear el ala derecha.

—Vaya usted á todo galope y transmita mi orden al comandante de ese batallón, que cargue inmediatamente. Si trepida, péguele un tiro y haga cargar usted.

No poco trabajo costó dar con el susodicho comandante, que se mos-

traba indeciso, hasta que repetida la orden con más energía, poniéndose al lado del jefe de tan valientes soldados, le acompañó á iniciar la carga, que si no llegó á cruzar bayonetas fué porque, desconcertado el batallón enemigo, dió vuelta caras. Entonces Benítez, mejor montado, logró en su avance arrebatár la bandera del «Batallón Cuzco.» Al galope regresaba con ella desplegada hacia el grupo del que se había desprendido, y fuera por pique del comandante, ó porque realmente entre el acre humo de la pólvora y la polvareda de los que corrían le desconocieran, fué recibido á palos y cintarazos, tomándole por abanderado enemigo. Hubiera pasado de mediana paliza, por equivocación, á no ser el leal esclavo. Después de ayudarlo á islar, cortando el portabandera, rezagado por el propio peso de su bandera, prendiéndose á la cola del caballo de su amo, gritando seguía en su media voz de negro bozal:

—¡Si es mi amo! No le peguen. Es mi amito que ha tomado la bandera de los chapetones—y bregaba apartando las culatas de unos, fusiles y bayonetas de otros, y poniéndose por primera vez delante de su amo, si no evitó caer herido sobre el caballo muerto á sablazos, consiguió salvar al ciudadano que arrebató la primera bandera.

Ya el 12 de agosto de 1806, el comandante Puyrredón, á la cabeza de los húsares, había arrancado la bandera inglesa, como luego sobre el campo de San Lorenzo el teniente Buchardo la española. Eran gentes del oficio, que oficio es de bravos argentinos aprisionar banderas; mas este comerciante, cuya habitud fué expedir muladas á Sumalao ó Potosí, demostró en su heroica abnegación cómo no es incompatible á un corazón bien puesto pesar barras de plata é improvisarse soldado, y soldado heroico según las circunstancias.

Medio siglo después, otro vecino de la ciudad de Corrientes, el doctor D. Félix Amadeo Benítez, guiando por cuestras desconocidas la división al mando del general Paunero, enseñó el camino de la victoria trepando á la *Batería del Naranjito*, del otro lado del Arroyo, sobre el puerto, y avanzando intrépido tomó la primera bandera paraguaya al lado del mayor Sagari, al caer éste muerto en el cuartel de la Batería, contiguo á la primera ventana por donde penetraron Charlone, el capitán Martín García, Sáenz y otros.

Este bravo vecino de la ciudad de Corrientes, que en el desembarco de las tropas argentinas, el 25 de mayo de 1865, guió las primeras guerrillas por cuestras, barrancas y subidas sólo por él conocidas, salvando á numerosas familias de la ciudad en la noche aciaga, mereció especial recomendación en el parte de la batalla. Notable coincidencia de intrepidez

distinguió á dos abnegados ciudadanos del mismo nombre, á tan larga distancia de tiempo y lugar.

No fué la única recompensa que D. Mariano Benítez, hijo de Córdoba y vecindado en Salta, recibiera por su heroica acción. Si nadie puso en duda ésta, y Belgrano lo recomendó á la consideración pública; si él nada pidió, creyendo sólo haber cumplido un deber al dar cuanto tenía á la patria, los que luego la dirigieron estrecháronla de tal modo en sus mezquinas ambiciones, que la condujeron al borde de su ruina. Nacido en Córdoba, los cordobeses lo malquerían por haberse trasladado á Salta, y los salteños tildábanle de extranjero, en estrecha política de barrio. Y hasta en ello resalta doble coincidencia en ambos Benítez: que sin ser militares sabían tomar banderas. También al Dr. Benítez, hijo de Entre Ríos, llegó á llamársele extranjero en Corrientes. Habían pasado los tiempos de la *patria grande*, y los politicastros de nuevo cuño no se convencían que los nacidos en Córdoba, Salta, Entre Ríos y Corrientes tenían por patria la de todos los argentinos.

III

En la época en que cada caudillo de provincia se creía soberano y absoluto dueño de casa, Güemes empezó á perseguir con ahinco á los que en su provincia no eran sus comprovincianos, y poniendo en práctica la máxima «el que no es mi amigo es mi enemigo,» emprendióla vivamente contra el cordobés Benítez, declarando que «no contentos con tener el pandero en su tierra, por toda endija pretendían introducir baza los cordobeses, sempiternos ergotistas, cucharitas de botica, que en todas partes se meten.» Cuando encarceló á unos y persiguió á todos los que á su estrecha política se oponían, sacrificó á Benítez, creyendo cortar de raíz la oposición, cortando su cabeza.

Así, en una ocasión, salía de la ciudad de Salta escoltado por cuatro tiradores, y al cruzar el campo de *la Cruz*, iluminado por la luna llena que asomaba tras el Castañar, dijo Benítez al oficial conductor de la partida:

—Como no sé dónde me llevan, permítame echar pie á tierra y hacer mi último rezo ante esta cruz, cuyo letrero: «Aquí yacen vencidos y vencedores,» me trae á la memoria que aquí mismo quité la primera bandera á los españoles, cuyas tropas todavía nos rodean.

Al poco rato de persignarse se levantó á besar la cruz negra. En el mismo sitio se alza hoy sobre blanco basamento otra en substitución de la que, plantada por Belgrano, arrancó Tristán. Saltó luego en su mula, agregando al oficial que le conducía:

—Sigamos, aunque no sé adónde.

—Hasta la eternidad, patroncito, según la orden que dió el general de pegarle cuatro tiritos para que no siga embrollando la lista—le contestaron.

Al Sr. Benítez, que de valiente tenía ya dadas pruebas, no acoquinó la frescura del oficial, hablándole al lado en voz baja:

—¡Hombre! Siquiera me hubiera dicho esto antes, para arreglar mi mujer y mis cosas. Tengo familia, intereses, y al fin siempre he servido de algo más que de taco de cañón, para que se me despache así por la posta con cuatro.

—Con ninguno es la intención de despenarlo, pues mi comandante repitió: «En cuanto al jefe de la revuelta, que lo lleven al desfiladero de los ladrones y le peguen una puñalada. Que lo lleven esta noche, así mañana amanecerá como asesinado por salteadores.»

—No está muy limpio eso; pero como al fin de alguna enfermedad se muere, sea mal de bala, ó mal de médicos, ya entregué mi vida á la patria cuando me dí á su servicio. Más tarde sabrán quién ha servido mejor, cada uno en su esfera.

Y acaso quebrantado el oficial por más inquebrantable elegido, como verdadero valiente, no gustaba mucho de comisiones semejantes. Cuando rezando hincado al pie de la cruz vaciló si debiera despacharlo, tocado por aquella invocación: «Yo tomé aquí la primera bandera al enemigo,» medio ganado iba ya, y en voz baja seguía repitiendo, al avanzar paso á paso, apartándose de los soldados:

—Mire, señor: como oficial de confianza me han elegido para esta fea comisión; pero yo que no he tenido asco en matar más de un maturrango en campo leal, nunca he muerto á un hombre desarmado. Yo le conozco á usted, y entre los oficiales, muchos le tienen por hombre guapo. Le vi la noche de la batalla aquella, cuando entró en la iglesia y arreó con todos los flojonazos que se escondían, y con la furibunda Goda que echaba sapos y culebras desde el púlpito, animando á los chapetones, que no se animaban. No sé cómo componérmelas, porque al fin me va la cabeza, y no es lo mismo morir peleando que matar sus propios paisanos.

—A mí no me importa tanto morir, si no pensara quién va á dar vuelta á mi mujer y á mis negocios desarreglados ¡Pobres hijos míos, todos tan chicos!

—Eso es lo de menos. A la patrona no le ha de faltar quien la dé vuelta. En cuanto á sus cosas, sus bienes, ya los arreglarán quienes se los apropien. Pero no es eso.... Esto de matar á un hombre guapo, á un hombre indefenso, me revuelve las entrañas. Mire, señor, usted tiene fama de

corajudo y por eso lo han de haber puesto primerizo en la revuelta contra mi general, para que pudiera cortar la soga si quedaba colgando. Le propongo una cosa. Voy á hacer apartar un poco los milicos, y muerte por muerte, vamos á pelear en una de estas encrucijadas. Yo le doy la espada que traigo entre las caronas, y desenvaino el alfiler éste, más corto. Si tiene la suerte de achurarme, salte en mi propio caballo y escape; si no, de todos modos morir peleando es mejor.

—Me conmueve su oferta; pero yo no tengo por qué comprometerle y menos por qué matarlo. De todas veras le agradezco su buena voluntad. Cumpla no más la orden que trae. Si ve alguna vez á mi mujercita, se la recomiendo muy mucho. Entréguele este reloj y dígame que mi último pensamiento ha sido para ella; ¡que cuide nuestros hijitos!

—¡Caramba! Yo también tengo hijos. Mire, se me ocurre otra cosa. Usted es conocido en todas partes. En la primer *pascana* que lleguemos, vea de repartirles *chicha brava* á los milicos, y cuando los note medio almareados, salte en el caballo del sargento, que viene mejor montado, y rumbee para donde le parezca. Después, si me penan por el descuido, veremos cómo salir del paso.

Y así sucedió, pero con tan poca suerte para el fugitivo, que huyendo de los paisanos que le llevaban á fusilar, tropezó con la vanguardia enemiga que le puso en capilla para lo mismo. Conocedor de todos los caminos, tomó el menos frecuentado, en escape que no podía ir atrás sin encontrarse con partidas de Güemes, y tampoco para adelante, pues todavía merodeaban avanzadas de los españoles.

IV

Galopando Benítez campo afuera, sobre el caballo cuyo dueño dormía la tranca, creyó asegurar mejor su evasión alejándose de todo camino frecuentado, y vaqueanazo de cuantos á muchas leguas á la redonda había, se dirigió al que en otra ocasión, por menos conocido, eligiera para conducir el ejército de Belgrano á la victoria. Cerca del general Tristán se hallaba *Barbarucho*, cuando al descubrir con su anteojo descolgándose de sierra inaccesible los soldados de la patria, le hiciera exclamar:

—Es preciso sean águilas para haber trepado tan alto.

Y fué por esta empinada sierra sin camino que venía bajando la misma noche obscura que iba subiendo el fugitivo. Al ser tomado éste por los *vichadores*:

—¡Perra suerte la mía!—exclamó el *Doctor Banderita*, como le apoda-

ba el *Capitán de papel* y algunos otros de sus colegas, que de lo mismo parecían en lo endebles y cuerpeadores, que no llegaron á tomar ninguna, ni siquiera las rezagadas en el parque.—¡De Caribdis á Scila! Escapo de las garras de mis paisanos, para caer en la de sus enemigos—se decía, mientras amarrado codo con codo, en ancas del sargento de la partida, se le conducía á presencia del comandante *Barbarucho*.

—Aquí le manda mi teniente—dijo el conductor—el primer bombero que ha caído. Dice que no lo ha despachado por no hacer ruido que ahuyentara alguna partida que ha de andar merodeando por estas breñas.

—Bueno, pero éste no hace ruido. Tome mi facón y despáchelo—contestó el jefe.—¿Cómo dice que se llama el insurgente?

—Mariano Benítez—contestó con varonil entereza el bravo argentino, dos veces en una misma noche condenado á muerte.

—¡Ah! ¿Es D. Benito, el de la tienda en la Plaza? Espere, á ver qué noticias trae.

Y haciéndole desatar, le dijo:

—Venga, amigo, vamos á hablar un poco antes de seguir el viaje largo.

—Como disponga, comandante. No es la primera vez que he visto la muerte. Ella y yo nos conocemos de vista.

Barbarucho, que aparte de las barbaridades que tal mote le atrajeron, era sin disputa un valiente y conocía el renombre de tal en el que interrogaba, habiéndole visto alguna de las nueve veces que, entrada por salida, llegaron las tropas españolas á la ciudad de Salta, empezó á preguntarle dónde acampaba Güemes, si andaba con mucha gente, si había triunfado la revolución que sonaba para derrocarlo, y en fin, cuantos detalles le convenía saber para asegurar mejor el golpe.

—Es en vano siga preguntando—contestó.—No me llamo felón, y antes de ser adversario de Güemes, opositor á sus arbitrariedades y atropellos, soy argentino. Junto ó separado con güemistas, como todos los hijos de la tierra, he peleado contra los que pretenden arrebatar nos nuestra independencia. Puedo ser adversario político de Güemes, pero nunca se hará de mí su espía y delator. Así que, degollado ó fusilado, abrevie esperas. En mi raza no hubo nunca un traidor.

Ya porque estaba en *chicha*, *medio tiemplo*, ó que el bárbaro rasgos tenía en que no lo era:

—Me gusta el mozo—exclamó,—y háganmele á un ladito, que para matarle hay tiempo. Dénle el caballo más flaco y entréguenlo al cuidado de mi asistente. Él me responde de este hombre, si se escapa.

Y á retaguardia siguió bajando la cuesta que tan penosamente fuera

subiendo. Sea que el valor contagia y la altivez siempre impone aun á los más valientes, ó porque, reconocido adversario de Güemes, creyera atraerle, ello es que, contra su costumbre, lejos de ultimarle, le trataba con cierto respeto la escolta de *Barbarucho*; que siempre la educación y la entereza se abren camino. Estas apariencias dieron cierto colorido á imputaciones que luego se desvanecieron.

V

La partida de godos entró sin sentir en la ciudad de Salta. Güemes, sorprendido en casa de su hermana, apenas tuvo tiempo de saltar su magnífico *ruano*, y á uña de buen caballo galopó hasta el bosque inmediato, no sin haber sido alcanzado por balas de los asaltantes. Rodeado de sus fieles, expiró á los pocos días dentro del vecino monte. La partida de *Barbarucho*, emboscada en el *San Bernardo*, se retiró por el Castañar lamentando el fracaso de la sorpresa, sin saber que quedaba mortalmente herido el caudillo patriota. Pero cuando al general enemigo llegó la noticia, le recordó Benítez, que seguía preso, cómo había sido tratado el mismo Tristán, hospedado en la Plaza, frente á su casa, y distinguido por Belgrano á punto de disgustar á sus acompañantes, cuando al salir del *Tedéum* entró á saludar á su condiscípulo prisionero, *Barbarucho* humanizado, y á ruego de otro oficial español (también condiscípulo de Güemes en España) y testigo de su denuedo, luchando juntos contra los ingleses en las calles de Buenos Aires, pidió y obtuvo se le mandara su médico al general enemigo que agonizaba en el monte.

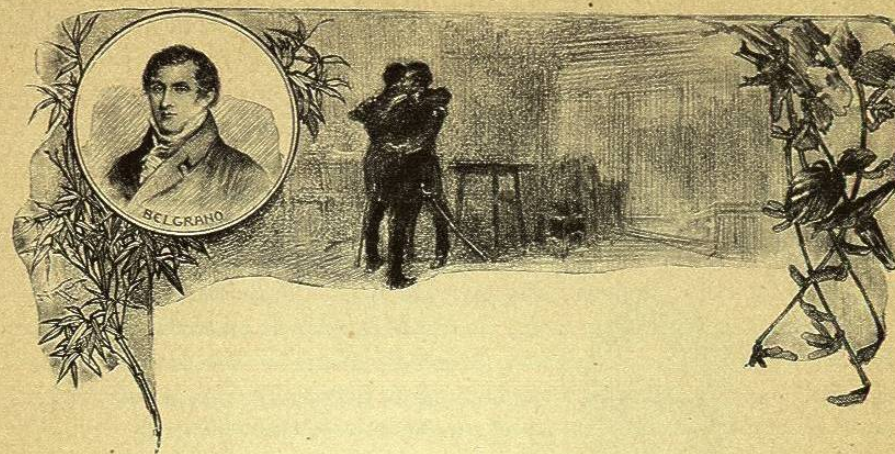
Con menos apariencias se hizo un traidor; repitiéndose que, fracasada la conjuración contra el célebre caudillo, fué Benítez á delatar su situación para volver guiando al enemigo.

¡Cuántas veces las apariencias acusan! Aquella fiel esposa que desafió la maledicencia contra su honra, por salvar al marido; Alvarez Campana muriendo de pena el día del desagravio á su honor ultrajado; el otro empleado del Banco muerto en su destitución antes que los cien mil pesos extraviados reaparecieran en el fondo de una caja; como otras víctimas de la calumnia recordadas en anteriores tradiciones, no son las únicas que comprueban una vez y ciento cuántas otras las apariencias acusan.

Su vida entera justifica la honorabilidad de este digno ciudadano. El Gobierno le reconoció dineros que para auxilios de la patria había adelantado. Sus convecinos, sin ser salteño, llegaron más tarde á nombrarle gobernador de Salta. Entre los hijos de esta provincia, en que se avecind

le llenaron de consideraciones; pero á pesar de su vida ejemplar, de su abnegación y desprendimiento, de sus servicios de toda clase, primó por algún tiempo la calumnia de los íntimos del infortunado caudillo, que el aplauso y la gratitud al primer ciudadano que arrebató una bandera.

—¡Calumnia, calumnia! ¡Que siempre de la calumnia algo queda!— repetía Maquiavelo.



LA CASA DEL ENCUENTRO

I

Ni que anduvieran jugando á *las esquinitas*, no se encontraban nunca.

Ya á sus cuarenta y tres años el uno, con algunos menos el otro, por el mismo camino en prosecución ambos de idéntico objeto, caminaban, caminaban sin encontrarse, acaso por la misma razón de seguir el uno tras del otro. Parece increíble: dos personajes de los más culminantes en la Revolución americana, saliendo de Buenos Aires, yendo á estudiar á la Metrópoli, vueltos á ésta, en tantas idas y venidas, sin andar á *las escondidas*, no se alcanzaban, por más que idéntico destino les impulsara por la misma senda.

¿Cuáles serán estos dos grandes prohombres de la revolución, tan calumniados como aplaudidos y tan descollantes como no hubo otros?

II

Entre las estaciones «Rosario de la Frontera» y «Metán» (terrocarril á Salta), minuto antes de rodar en el largo puente sobre el *Río Yatasto*, y dos minutos después, dejada la estación de este nombre, se enfrenta á la *Casa del Altillo*, como le llaman los caminantes.

Aislada, triste, medio derruida en su soledad, inclinada y como lagrimando por todas sus goteras, distínguese sólo de las que á distancia se divisan por un altillo sobre el granero. Aquí se levanta cerca de la ribera la histórica casa del célebre abrazo, doscientos pasos á la izquierda, siguien-